Imprimir

Han surgido vientos en contra en la prisa de Donald Trump por descarrilar y transformar el estado y colocar al imperio estadounidense en una base radicalmente nueva, pero no menos opresiva. Esta vez, sin embargo, Trump llegó con una agenda más preparada, mientras que las fuerzas sociales para contrarrestar su trayectoria siguen siendo un deseo remoto. Esto facilita la obstinación de Trump.
No sabemos hasta dónde llegará Trump. No hay que descartar ninguna preocupación, ya sea la amenaza de una consolidación fascista, la preocupación de que los daños a los programas sociales sean casi irreversibles, la mayor devastación del movimiento obrero o el daño agudo al medio ambiente de cuatro años de no hacer nada (o algo peor).

Para gran parte de la izquierda desanimada, la trayectoria de Trump significa ir directamente al infierno. Y, sin embargo, hay una brecha considerable entre lo que Trump quiere hacer y lo que podrá llevar a cabo. Las culturas y capacidades estatales pueden ser atacadas, pero no tan fácilmente reformuladas. Las estructuras económicas globales son obstinadas. Las reacciones internacionales son inciertas. Abundan las contradicciones de clase.

Aunque los recortes de Trump en los servicios que se dan por sentados aún no se han experimentado ampliamente, las reacciones al alboroto de Trump contra el estado están comenzando a surgir. Y si los extraños aranceles intermitentes de Trump resultan ser más que una táctica de negociación temporal y su imposición hace subir los precios, aumentar la interrupción y bajar la economía, la credibilidad de Trump se hundirá como una piedra. Las perspectivas de que la izquierda socialista se aproveche de todo esto son sombrías. Por lo tanto, paradójicamente, es más probable que el rechazo a la extralimitación de Trump provenga de sus propios partidarios populistas y corporativos.

Trump puede cumplir con las expectativas de aquellos que buscan una línea dura sobre la inmigración y puede conceder a sus patrocinadores corporativos los recortes de impuestos y la desregulación que buscan con avidez. Pero es la economía la que será decisiva para su base populista, y en esta medida, es muy poco probable que Trump tenga éxito. En cuanto a la élite empresarial, siempre han asumido que Trump no estaba tan loco como para iniciar

una guerra arancelaria que corría el riesgo de socavar el propio imperio estadounidense. A medida que ese peligro se materialice, los negocios se rebelarán. La pregunta entonces pasará de lo que Trump pretende hacer a lo que hará a medida que sus planes se desvíen.

¿Método en la locura de Trump?

Steve Bannon, el primer susurrador del mandato de Trump, una vez se describió a sí mismo como leninista porque "Lenin… quería destruir el Estado y ese es mi objetivo también. Quiero que todo se derrumbe y destruir todo el establishment actual". Aparentemente, Trump estaba escuchando y aprendiendo. Hay método en al menos parte de la locura inicial del caótico segundo mandato de Trump.

La conmoción y el pavor desatados por Trump no fueron solo para concentrar el poder estatal en sus manos o un alboroto vengativo de alguien que fue rechazado en 2020. De mayor consecuencia es la intención de perturbar el funcionamiento normal del "Estado profundo" para neutralizar cualquiera de sus inclinaciones opositoras y obligarlo a retroceder. No se trata de destruir el Estado; Las intervenciones estatales al servicio de fines autoritarios sin duda aumentarán. Más bien, es la paralización permanente de aquellos aspectos del Estado que podrían limitar el capital y abordar las necesidades colectivas.

Las erráticas acciones arancelarias de Trump, junto con su reversión de la anterior política bipartidista sobre Ucrania, ya han tenido resultados indirectos. En una supuesta defensa contra el giro estadounidense, Europa y Canadá se han puesto el manto nacionalista de la soberanía y le han dado a Trump uno de los principales cambios que ha pedido: un aumento en sus gastos militares para corregir la participación desproporcionada de Estados Unidos en los costos militares de la OTAN. Dado que las empresas estadounidenses también obtendrán una buena parte del aumento de los gastos militares en el extranjero, el inflado complejo militar-industrial de EE.UU. recibirá un impulso adicional.

Además, puede ser que la incertidumbre creada sobre el acceso al mercado estadounidense también tenga un método en su locura: las corporaciones ahora pueden sesgar las futuras

inversiones globales y las cadenas de suministro para ubicarse en los EE. UU. “por si acaso”. Esto es de interés general, pero afecta especialmente en Canadá, ya que está muy cerca, ya está integrado y con costos relativamente comparables.

Detrás de todo esto se encuentra la pregunta principal en el centro de la agenda de Trump. Parafraseando, pregunta: “¿Por qué, si Estados Unidos es la potencia dominante del mundo, acepta una parte tan desproporcionada de las cargas de la globalización y recibe una parte tan injusta de los beneficios?” El encuadre del estatus de Estados Unidos en estos términos exagerados añade otro método en la locura: la desorientación.

Es posible que a muchos estadounidenses no les gusten las respuestas de Trump a la pregunta que plantea, pero en el proceso, no están desafiando las suposiciones implícitas detrás de esta pregunta. ¿Está Estados Unidos realmente en declive? ¿El problema es que el capital estadounidense es débil y necesita ser fortalecido, o el capital estadounidense ya es demasiado fuerte y necesita ser controlado? ¿Las principales dificultades a las que se enfrentan los trabajadores están radicadas en los bienes que importan, o son de cosecha propia?

A pesar de que los aranceles dominan las noticias, son las acciones internas del estado estadounidense y el capital doméstico las que más impactan la calidad de vida de la clase trabajadora. Durante la Gran Depresión, el presidente Roosevelt declaró: “No podemos estar contentos… si alguna fracción de nuestro pueblo está mal alimentada, mal vestida, mal alojada e insegura”. Nueve décadas después, el “nosotros” de este sentimiento sigue dividido entre las élites que están de acuerdo con ese Estados Unidos y las que decididamente no lo están. Sin embargo, los que están en el bando perdedor siguen demasiado fragmentados y desmoralizados para responder; Las derrotas pasadas han pasado factura.

Al abordar el fenómeno Trump, es común tratar al trumpismo como algo único. Esto es una exageración. El ascenso de una extrema derecha precedió a Trump, y su ascenso se extiende mucho más allá de Estados Unidos. Algo con un pedigrí histórico más largo que Trump y

apuntalamientos estructurales comunes parece estar en juego. En este sentido, cuatro acontecimientos interrelacionados han sido especialmente cruciales: la trayectoria del neoliberalismo, la crisis de legitimidad, la polarización de las opciones y el auge del nacionalismo.

Del liberalismo al neoliberalismo

El liberalismo fue la expresión capitalista de la Ilustración. Sus principios fundacionales son la propiedad privada de los medios de producción/distribución y la ubicuidad de los mercados, incluidos los mercados de la fuerza de trabajo y la naturaleza, que son las bases básicas de la supervivencia humana. Ideológicamente, el liberalismo argumentaba que el individualismo y el interés propio maximizarían el bienestar de todos. Desde el punto de vista político, trajo el voto, los derechos liberales como la libertad de expresión y de asociación, la protección contra el arresto arbitrario y los límites a la intervención del gobierno en la sociedad civil.

El capitalismo liberal no era, sin embargo, un proyecto universalista, sino de clase. El derecho al voto estaba condicionado a tener una propiedad significativa, y los primeros intentos de los trabajadores de actuar colectivamente fueron tratados como conspiraciones ilegales para limitar los derechos primordiales del comercio. En los Estados Unidos, la calificación de la propiedad se mantuvo hasta el último tercio del siglo XIX, pero aún excluía a las mujeres hasta el primer cuarto del siglo XX y a las personas negras hasta la Ley de Derechos Electorales de 1965. Los derechos sindicales no se establecieron hasta la Ley Wagner a mediados de los años treinta.

Contener a los trabajadores en una sociedad en la que sus derechos estaban drásticamente restringidos era una cosa. Hacerlo después de que los trabajadores hubieran ganado el derecho al voto, consolidado la sindicalización y ganado derechos colectivos vitales a través de programas sociales fue otra. La respuesta del Estado estadounidense al auge de la clase trabajadora de la Gran Depresión fue introducir derechos sindicales y programas sociales, concesiones consideradas esenciales para retener o recuperar la legitimidad del capitalismo.

En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, las altas expectativas de la clase trabajadora que siguieron a las negaciones de la década de 1930 y los sacrificios de la economía de guerra volvieron a presionar a las élites. El proyecto estadounidense de un orden global liberal reforzó tales presiones, ya que vino acompañado de una pronunciada reestructuración interna y requirió el desvío de fondos nacionales para revivir el capitalismo en el extranjero.

El auge de la posguerra facilitó que las élites ofrecieran concesiones a los trabajadores. Sin embargo, esos logros fueron limitados, integradores y, sin cambios estructurales en el equilibrio de fuerzas de clase, vulnerables a la reversión. Sin embargo, a medida que el auge de la posguerra se desvanecía y el capital buscaba reducir las expectativas de los trabajadores y aumentar la autoridad de la gerencia en el lugar de trabajo, las concesiones del capital permitieron un cierto grado de resistencia persistente.

Al principio, el Estado estadounidense no estaba seguro de cómo responder a esto sin alienar a la clase trabajadora. Después de una década de tropiezos, surgió un consenso. Era esencial una subordinación más estricta de los trabajadores y de la sociedad a las prioridades de la acumulación de capital. Esto se lograría a través de la liberalización de las finanzas, la globalización, la limitación de los crecientes programas sociales y el debilitamiento decisivo del movimiento obrero.

Este proyecto, una adaptación del liberalismo de los primeros años del capitalismo a las nuevas circunstancias de las conquistas políticas de la clase obrera, trajo consigo un liberalismo modificado o nuevo: el *neoliberalismo*. Muchos lo caracterizaron erróneamente como degradante del Estado y de expansión de los mercados, pero esta interpretación tergiversó su esencia clasista. Los mercados necesitan de los Estados, y el Estado se transformó para limitar algunos de sus roles (programas sociales, derechos sindicales, aportes democráticos) y fortalecer otros (subsidios corporativos, intervenciones en huelgas, el complejo industrial-carcelario).

La crisis de legitimación

Aunque al principio las élites estaban nerviosas por las ramificaciones de revertir los recientes logros de la clase trabajadora, una década de búsqueda de otras soluciones las convenció de que mantener el orden capitalista exigía un asalto total contra los trabajadores. Resultó que, aunque el movimiento obrero mostraba una militancia económica significativa y protestas impresionantes, cuando se trataba de influencia política, el movimiento obrero era un tigre de papel.

Dado que el statu quo ya no era una opción y no había una base social para mover las cosas hacia la izquierda, la solución a la crisis del capitalismo de la década de 1970 equivalía a la necesidad de *más* capitalismo. Adolph Reed capturó sucintamente el resultado como esencialmente "capitalismo sin oposición de la clase trabajadora". Tener que comprar a los trabajadores fue reemplazado por algo mucho más barato: el fatalismo de la clase trabajadora. "No hay alternativa" se convirtió en el eslogan definitorio del capitalismo.

Durante un tiempo, las familias de clase trabajadora encontraron formas de sobrevivir al asalto. Las mujeres en la fuerza laboral trabajaban más horas; Las mujeres en el hogar ingresaron a la fuerza laboral. Los estudiantes sacaron tiempo de sus estudios para agregar horas familiares (generalmente trabajos precarios y mal pagados). Las familias se endeudaron. Pero estas adaptaciones individualizadas atrofiaron la resistencia compartida, reforzando el debilitamiento de la fuerza colectiva de la clase.

La alienación enconada y las crecientes frustraciones constituyeron una crisis de legitimidad. La ira no se dirigía contra el capitalismo y los capitalistas, sino más bien contra los gobiernos electos, las agencias estatales y los partidos políticos que supuestamente estaban allí para defender a los trabajadores contra las villanías más extremas del capitalismo. La crisis de legitimidad se manifestó como una crisis política.

Muchos marxistas insistían en que la causa subyacente estaba en el declive económico. Pero los beneficios de EE.UU. se han comportado notablemente bien, y la inversión no residencial, aunque no ha coincidido con el crecimiento de los beneficios, ha crecido a un promedio respetable de más del 3% en términos reales entre su punto máximo antes de la crisis de

2008-09 y 2024.

La tensión radicaba más bien en el contraste —y el vínculo— entre lo bien que iban las cosas para los capitalistas y lo miserable que era la vida para la mayoría de la población. La posterior crisis de legitimidad política invitó a un cambio radical, pero sólo la derecha demostró ser capaz de explotarlo. Esto culminó con la elección de Trump.

La polarización de las opciones

La crisis de legitimación está íntimamente ligada a una polarización de opciones. El impulso persistente del capitalismo de "anidar en todas partes, establecerse en todas partes" lo ha llevado a penetrar en todas las instituciones, infundir la cultura cotidiana, tergiversar nuestras percepciones y crear y rehacer constantemente una clase trabajadora en la que pueda vivir. Esto ha dificultado aún más la lucha contra el capitalismo.

Los reformistas a menudo miran con nostalgia a los años dorados del capitalismo de la posguerra como una alternativa probada. Pero incluso si limitáramos nuestra mirada a regresar a esos años, sería necesario revertir gran parte de los cambios económicos desde entonces: la globalización, la reestructuración de la producción, el crecimiento del poder corporativo y financiero. Esta sería una empresa especialmente radical.

Por otra parte (y aparte de que esa época no fue tan maravillosa), tenemos que enfrentar el hecho de que las décadas de 1950 y 1960 terminaron en fracaso. No eran una opción sostenible sin añadir otros cambios mucho más radicales. Para el capital y el Estado, esto implicó el giro neoliberal. La amplia izquierda se negó o simplemente fue incapaz de enfrentarse a esto y fue apartada. La expresión política de esta polarización de opciones es el marchitamiento, prácticamente en todas partes, de la socialdemocracia. Ante la falta de voluntad y capacidad para transformar las estructuras de poder en los lugares de trabajo y en el Estado, sus reformas resultaron tenues.

Pensar (y actuar) en grande es hoy una condición incluso para ganar en pequeño. Esta táctica exige desarrollar un sentido común distinto al del capital y un respeto por los

trabajadores que tienen potencialidades más allá de la votación periódica, el toque de puertas y la financiación de campañas a través de sus sindicatos. La política electoral es, por supuesto, relevante, pero solo si ya existe una base social poderosa. La construcción de tal base no puede ocurrir dentro de las presiones de tiempo y el enfoque de consenso de las campañas electorales, que buscan movilizar a la clase trabajadora en gran medida tal como es, no para desempeñar un papel principal en la construcción de la clase en lo que *podría* ser.

En ausencia de un proyecto más amplio de educación y organización para crear una clase obrera con la comprensión, la visión independiente, la confianza y las capacidades organizativas/estratégicas esenciales para transformar la sociedad, la socialdemocracia se disuelve en el "cretinismo parlamentario" del que hablaba Marx. Huye del socialismo en lugar de defenderlo y da por sentada a su base de clase trabajadora con el fin de ganar credibilidad (legitimidad) de sectores empresariales.

Los demócratas de Biden parecieron reconocer los costos políticos de un electorado alienado y se atrevieron a hablar ocasionalmente del fin del neoliberalismo. Pero las reformas que introdujeron no confrontaron la magnitud de lo que implicaría una verdadera reversión. En el momento de escribir este artículo, el Partido Demócrata se encuentra en su nivel de aprobación más bajo jamás registrado. El Partido Nacionaldemócrata Nacional (NDP, por sus siglas en inglés) de Canadá también se encuentra en mínimos históricos, y los partidos socialdemócratas europeos han sufrido durante mucho tiempo destinos similares.

La polarización de opciones también se aplica notablemente a la derecha. La derecha puede movilizar resentimientos y rabia a través de llamamientos nativistas, pero no puede cumplir sus promesas porque para ello sería necesario desafiar las prerrogativas del capital. A pesar de la retórica ocasional que dice lo contrario, la derecha está demasiado integrada ideológica e institucionalmente en el gran capital como para llevar a cabo cualquier posible ruptura con él. Esto prepara el escenario para que una parte de la propia base populista de Trump se vuelva contra él.

Nacionalismo

La globalización no erosionó el papel de los Estados-nación, sino que los hizo más importantes que nunca. Bajo la égida del Estado estadounidense, todos los Estados capitalistas llegaron a asumir la responsabilidad de establecer —y legitimar— las condiciones para la acumulación global dentro de su propio territorio y de acordar mutuamente las reglas que unían a estos Estados.

La soberanía de los estados dentro del orden liderado por Estados Unidos era una soberanía liberal, no popular. Venía con condiciones, como se señaló anteriormente: la inviolabilidad de la propiedad privada en los medios de producción y distribución, mercados más libres y un trato igualitario del capital extranjero y nacional. El papel activo de los Estados-nación ayudó a mantener vivo el sentimiento nacionalista, y el desarrollo desigual de la globalización trajo resentimientos que hicieron que el resurgimiento de la reacción nacionalista fuera una posibilidad constante.

La demanda socialista de una soberanía sustantiva o popular por encima de los derechos de propiedad privada implicó una reestructuración económica radical que planteó la necesidad de una planificación y una reconsideración de las prioridades internas. Esto planteó un desafío tanto para el orden global liderado por Estados Unidos como para las clases capitalistas internas, especialmente las más integradas en la globalización.

La derecha podría lamentar el estatus de su Estado dentro del capitalismo global. Pero como no estaba dispuesto a asumir su propio capital ni a desafiar a la globalización misma, básicamente aceptó las reglas del Imperio estadounidense y expresó su nacionalismo económico en términos de fortalecimiento de la competitividad nacional. Su nacionalismo populista desvió la atención de la globalización per se a su impacto en el aumento de la inmigración.

La situación en Estados Unidos es distinta porque el imperio estadounidense tiene el poder de canalizar el nacionalismo estadounidense para modificar el equilibrio de costos y

beneficios a su favor. Es decir, puede ser populista en sus críticas al impacto de la globalización en los empleos y las comunidades y en la afluencia de inmigrantes y luego puede actuar para modificar la globalización sin salir de ella. Pero las tácticas de movilización involucradas, y los mecanismos utilizados para presionar a otros estados para que acepten reglas y condiciones especiales para Estados Unidos, incorporan riesgos a la naturaleza misma del imperio estadounidense.

Contradicciones fundamentales

Lo que separa a Trump de otros presidentes estadounidenses es su agresiva determinación de aplastar al Estado y utilizar los aranceles como herramienta para obtener ventajas.

Reemplazar a los jefes de las agencias estatales con leales a Trump no es como cortarle la cabeza a un pollo. La institución sigue viva y también la necesidad de una serie de funciones estatales históricamente desarrolladas que sirvan tanto a las necesidades sociales como a las capitalistas. La tala indiscriminada no acabará con la burocratización, sino que creará una nueva burocracia, una más estrictamente clientelar y autoritaria con conflictos continuos dentro y entre las agencias, trayendo caos, disfunciones, meteduras de pata, daños permanentes y también resistencia en forma de filtraciones estratégicas desde dentro del Estado.

En cuanto a los aranceles, para Trump y sus asesores, el santo grial para hacer que Estados Unidos vuelva a ser grande, hay tres puntos que deben enfatizarse. En primer lugar, si bien los aranceles son un impuesto sobre las ventas de bienes extranjeros destinado a redistribuir los empleos mundiales, los aranceles también tienen impactos en la distribución *interna* del ingreso de clase. Pensemos en la reacción de Amazon y Walmart, los dos mayores empleadores de Estados Unidos.

Cuando estas empresas traen productos de China (su principal proveedor), el gobierno agrega el arancel al costo de los bienes. Esto eleva los costes de las empresas y se traslada, total o parcialmente, a sus clientes. A diferencia de un impuesto sobre la renta, este

impuesto no depende de tus ingresos; Los ricos y los pobres pagan lo mismo por los bienes. Pero la historia no termina ahí. Lo que importa al menos igual de importante es lo que el gobierno hace con los ingresos que ha recaudado. Ciertamente no se utilizará para mejorar los programas sociales y la infraestructura necesaria; Trump y Musk están demasiado ocupados recortándolos.

Más bien, los fondos recaudados de los aranceles serán utilizados por la administración Trump para compensar la pérdida de ingresos por los recortes de impuestos que Trump prometió a sus amigos ricos. Entonces, en lugar de que Trump termine con la inflación desde el "primer día", la está agravando. Y en lugar de abordar las preocupaciones populares, está utilizando el dinero tomado principalmente de la gente trabajadora para hacer que los asquerosamente ricos sean aún más ricos (y más sucios).

En segundo lugar, aunque a veces vale la pena pagar aranceles para defender empleos o, como en el sur global, para crear el tiempo y el espacio para que el desarrollo económico se afiance, si son la única respuesta en lugar de ser parte de un conjunto más amplio de políticas, el resultado puede no coincidir con la intención. A mediados de los años 80, Ronald Reagan impuso cuotas a los automóviles japoneses para obligarlos a producir en los EE. UU. en lugar de solo enviar vehículos desde Japón. Sin embargo, el apoyo entusiasta de los trabajadores automotrices estadounidenses, comprensible dadas sus opciones, no les brindó la seguridad esperada.

Los puestos de trabajo no se destinaron a los lugares donde los trabajadores automotrices estaban experimentando cierres; Se fueron al sur. Los trasplantes japoneses, que tenían la ventaja de tener plantas recién construidas sin costos heredados para los jubilados, sin sindicatos que representaran a los trabajadores y enfrentando a un estado contra otro para obtener grandes subsidios, aumentaron su participación en el mercado. Esto llevó a más pérdidas de empleos en el norte. Pronto, las plantas japonesas no sindicalizadas, no el UAW, estaban estableciendo los estándares para la industria.

Volviendo de nuevo al ejemplo chino, ya que aquí es donde se ha dirigido gran parte de la ira

por la pérdida de empleos, gravar los productos chinos no los trasladará a Estados Unidos. En cambio, los compradores recurrirán a obtenerlos de otros países con costos un poco más altos que los de China, pero aún mucho más baratos, debido a su etapa de desarrollo, que en los EE. UU. Esto se vio con los aranceles anteriores a China, que redujeron un poco sus exportaciones a los EE. UU., pero lo que siguió fue su reemplazo por una explosión de exportaciones a los EE. UU. desde el resto de Asia. Si a esto le añadimos las represalias contra las exportaciones estadounidenses y las interrupciones en las cadenas de suministro que afectan a todo tipo de otros puestos de trabajo estadounidenses, lo que resulta es una mayor inflación, más interrupciones en la economía y poco impacto en los empleos estadounidenses.

Esto nos lleva a un tercer punto. Los aranceles son una distracción de los problemas más grandes que enfrentan los trabajadores estadounidenses, problemas íntimamente vinculados con el asalto neoliberal contra los trabajadores que surgió antes y que aún continúa. El comercio importa, pero el impacto interno antagónico y sustancialmente antidemocrático de las decisiones *corporativas* y gubernamentales importa más. Estos van desde la ausencia de atención médica universal y el acceso inadecuado a la educación superior y la vivienda asequible hasta la negativa a hacer de la sindicalización un derecho democrático sustantivo.

También son relevantes aquí los fracasos del sistema económico y político de EE.UU. para actuar de manera coherente en la transición a los vehículos eléctricos, una dimensión relativamente pequeña de la crisis ambiental que tendrá un gran impacto en los trabajadores automotrices y otros trabajadores. En los años cincuenta, Estados Unidos producía alrededor de tres cuartas partes de todos los vehículos de gasolina del mundo; hoy en día, China, por razones que van mucho más allá de las cuestiones comerciales, produce aproximadamente la misma proporción de los vehículos eléctricos del mundo. Las razones, y por lo tanto las soluciones, van mucho más allá de los aranceles.

¿Un reinicio imperial?

Durante las últimas ocho décadas, el Imperio Estadounidense de la posguerra fue la gallina

de los huevos de oro tanto para Estados Unidos como para gran parte del capital global. Su aparición fue una respuesta a los fracasos de pesadilla del capitalismo internacional en las tres décadas anteriores: dos guerras mundiales, la Gran Depresión, una monstruosa reacción nacionalista. La preocupación era generar un capitalismo relativamente estable e integrado globalmente, no basado en la fuerza bruta, sino en la aceptación de la soberanía formal para todos los Estados y en las relaciones económicas internacionales basadas en reglas.

Los resentimientos y frustraciones que se acumularon dentro de Estados Unidos en las últimas décadas crearon una apertura política que condujo al ascenso de Trump. Canalizando las frustraciones hacia el exterior en lugar de hacia la guerra de clases interna contra los trabajadores, Trump prometió reajustar el equilibrio de los costos y beneficios internacionales a favor de Estados Unidos, un proyecto complicado pero posible que obtuvo el apoyo popular mayoritario.

El capital estadounidense, por otro lado, se centró en las bondades que obtendrían de una segunda presidencia de Trump. Ignoró en gran medida las diatribas preelectorales de Trump sobre el comercio, considerándolas performativas. Los aranceles juiciosos y temporales podrían haber sido aceptables, pero la salvaje carga de Trump desde el principio corría el riesgo de deshacer el Imperio. Su imposición de aranceles hizo inevitables las represalias, y su redoblamiento para demostrar que va en serio elevará los aranceles a niveles más amplios y más altos. La utilización de los aranceles como arma por parte de Trump para forzar otras concesiones no comerciales se suma a la animosidad y el caos.

Y dado que el comercio es inseparable de las trayectorias de los tipos de cambio, también pueden seguirse los controles de capital. En el pasado, la incertidumbre global tendía a acelerar los flujos financieros globales hacia la seguridad de Estados Unidos, elevando el valor del dólar pero haciendo que los bienes producidos en Estados Unidos fueran menos competitivos. Hoy en día, estos flujos pueden sorprender e invertirse, lo que provoca pánico y tasas de interés más altas en Estados Unidos. De cualquier manera, puede seguir un paso más en el reordenamiento del orden global: controles de capital y una reducción global negociada del tipo de cambio del dólar.

Por supuesto, Estados Unidos nunca ha dudado, incluso dentro del "orden basado en reglas", en intimidar al sur global o a un socio en particular cuando lo consideró necesario. Lo que distingue a la era actual es el grado en que la reciente agresividad de Trump se ha dirigido contra los aliados de Estados Unidos. El consecuente descrédito del liderazgo estadounidense hará aún más difícil cualquier final negociado de la guerra arancelaria y el restablecimiento del orden global.

Este posible desmoronamiento del imperio estadounidense a través del ojo por ojo será aplaudido por algunos. Pero recordar la realidad de los años de entreguerras debería dar que pensar. En ausencia de una izquierda poderosamente organizada, hay pocas razones para esperar que las economías se suman en el caos, que se movilicen chivos expiatorios y que se movilicen el nativismo, que se dejen de lado las prácticas democráticas.

Conclusión: ¿Marchitar la izquierda marchita?

Cualesquiera que sean las inclinaciones de Trump, sin la capacidad de cumplir sus promesas económicas y una ruta de escape del caos arancelario, los problemas de Trump se profundizarán. Buena parte de su base populista ya se está inquietando, y la mayoría de sus partidarios capitalistas se están poniendo nerviosos. La respuesta de los socialistas debe comenzar por lo que *no* debemos hacer.

Por mucho que prefiramos que Trump pierda frente a los demócratas, debemos desengañarnos de las ilusiones de que los demócratas presentes o futuros son el vehículo para un mundo mejor. Acogerlos de nuevo significará volver a un statu quo tan recientemente criticado, consolidando así una disminución de las expectativas cuando es especialmente necesario elevarlas. Lo mismo ocurre con la comprensión de lo que la actividad electoral puede hacer y lo que no. Las elecciones solo son relevantes si hay una base social que pueda llevarlas adelante. Sólo la existencia de esa base hace que las elecciones sean relevantes.

Esto no significa volcar nuestra energía en animar cada victoria localizada y esporádica como

una señal de haber “doblado la esquina” y llamar a una vaga “construcción de movimiento”. La resistencia y la solidaridad son fundamentales para todos los avances sociales y deben ser aclamadas. Pero extrapolar de victorias parciales —no hay victorias totales dentro del capitalismo— a fantasear con giros radicales o una revolución inminente son barreras para descubrir las complejas respuestas a lo que nos ha eludido durante tanto tiempo. Además, inflar el estatus de los grupos que estallan de vez en cuando y señalan potenciales de organización pero que no tienen capacidad institucional para sostenerse como “movimientos” socava el desafío de lo que significaría construir movimientos efectivos.

Analíticamente, debemos comprender que la rivalidad interimperial y un vago internacionalismo no nos harán el trabajo pesado. La amenaza básica para el capitalismo global no radica tanto en el conflicto entre Estados como en los conflictos *dentro de* los Estados y en cómo se desarrolla a nivel internacional.

El trumpismo, que no surge del conflicto entre el capital estadounidense y el capital europeo, canadiense o chino, sino más bien el resultado del neoliberalismo en Estados Unidos, es revelador aquí. Una sensibilidad internacionalista es, por supuesto, fundamental para el universalismo del socialismo. Pero como señalaron Marx y Engels, la lucha puede ser internacional en sustancia, pero en la práctica comienza en casa. Si no estamos organizados en casa, no podremos hacer mucho por los demás en el extranjero.

Finalmente, debemos terminar con la caracterización de identificar la tarea principal de la izquierda como la construcción de una fuerza social de la clase trabajadora como “reduccionismo de clase”. Si la clase obrera no es convencida para organizarse para la transformación social, podemos olvidarnos de hablar de reemplazar el capitalismo por algo radicalmente mejor. Es crucial abordar las desigualdades dentro de la población, ya sea por género, raza, etnia, estado de ingresos, etc. Pero estas luchas son más pertinentes si se dirigen a superar las desigualdades entre los trabajadores como parte de la *construcción* de la clase. Sin ese objetivo, nos queda parcelar la clase y desviar los fragmentos para que no se enfrenten al enemigo mayor: el capitalismo.

Debemos, sobre todo, hacer frente al hecho de que, en todos los países, estamos básicamente empezando de nuevo. En los EE.UU., esto significa iniciar la larga marcha para reconstruir una izquierda fuera de las limitaciones del Partido Demócrata que pueda hablar de las preocupaciones sentidas de una clase trabajadora desorientada y desmoralizada. Institucionalmente, significa organizarnos para hacer simultáneamente socialistas y construir una fuerza social con capacidades colectivas para defenderse, entender que los límites que enfrenta no son motivo de retroceso sino razones para ampliar la lucha, y tener la confianza suficiente para soñar nuestros propios sueños y actuar en consecuencia. Todo lo que hacemos debe ser juzgado principalmente en términos de si se construye hacia ese objetivo.

Sam Gindin, fue director de investigación de la Asociación Canadiense de Trabajadores Automotrices de 1974 a 2000. Es coautor (con Leo Panitch) de The Making of Global Capitalism *(Verso), y coautor con Leo Panitch y Steve Maher de* The Socialist Challenge Today, *la edición estadounidense ampliada y actualizada (Haymarket).*

Fuente:
https://links.org.au/man-who-would-be-king-method-trumps-madness-contradictions-trumps-method

Foto tomada de:
https://links.org.au/man-who-would-be-king-method-trumps-madness-contradictions-trumps-method